

mero acudió á los aztecas, ó *meshís*, que habían establecido algunas colonias militares en Tabasco y Xicalanco, y con auxilio de estos feroces guerreros venció á sus enemigos; los *cocomes* triunfantes hicieron pesar terrible opresión sobre toda la tierra maya, hasta que los señores de Uxmal, poniéndose al frente de la rebelión, levantaron á todos los pueblos, expulsaron á los aztecas y destruyeron á Mayapán. Lo singular es que los vencedores *tutulshúes* desocuparon también á Uxmal en aquella tremenda lucha; la gran ciudad de la sierra quedó desamparada para siempre; la soledad y el misterio rodean desde entonces el moribundo



Templo en la ribera del Usumacinta

esplendor de sus regias ruinas. Luego el imperio maya se dividió en buena copia de señoríos independientes, regidos por dinastías que entroncaban, según creían, con las grandes familias históricas. Así divididos y en perenne y cruenta discordia, los hallaron los conquistadores españoles.

La civilización del Sur, lo mismo entre los mayas, en donde mejor ha podido ser estudiada, á pesar del desesperante mutismo de su escritura, que espera en vano un Champollión, que entre los kichés; lo mismo en Chichén y Uxmal que en Palenke y Kopán, tiene todos los caracteres de una cultura completa, como lo fueron la egipcia y la cal-

dea; y como ellas, y más quizá, presenta el fenómeno singular de ser espontánea, autóctona, nacida de sí misma; lo cual indica inmensa fuerza psíquica en aquel grupo humano. Una religión, un culto, y dependiendo de él, como suele, una ciencia, un arte; una moral y una organización sociales, un gobierno, todo esto encontramos en la civilización del Sur, y no, por cierto, en estado rudimentario, sino más bien en sorprendente desarrollo.

Basábase la religión de los mayas en un espiritismo, fluencia necesaria de la primitiva adoración de los cadáveres, que llegó á ser la de los antepasados del grupo doméstico y étnico; generalmente estos ancestros eran designados con los nombres animales de sus respectivos *totems*, y de aquí el culto zoolátrico; del personaje que se comunicaba con el doble ó alma del muerto, nacieron el brujo, el hechicero, el profeta, el astrólogo, entendido en

adivinar el destino de cada mortal en los astros, y á la postre el grupo sacerdotal; este grupo ó clase reobró sobre las creencias, las organizó, transportó la noción de divinidad ó entidad sobrehumana á los objetos naturales ó á los grandes fenómenos atmosféricos, y entonces acaso resultó un ser invisible como punto de partida del elemento divino, ser cuyo símbolo era el sol, padre del legislador y civilizador Itzamná, hijo del sol (venido del Oriente). También la divinidad solar había creado cuatro dioses principales, los *bacabes*, símbolos cronométricos de los cuatro puntos cardinales; bajo ellos venía una miriada de divinidades; no había palmo de aquella tierra misteriosa (la del agua escondida), no había acto de la vida que no tuviera su divinidad tutelar, y muchas de estas divinidades tenían sus sombras, correspondían á una divinidad maléfica ó diabólica. La devoción popular había hecho en la península la selección de cuatro grandes santuarios: el pozo de Chichén de los itzaes, el santuario de la divinidad marítima de Kozumel y el que se había erigido sobre magnífica pirámide sepulcral en honor de uno de los reyes de Itzamal, deificado como solían hacerlo los mayas. Después los cultos nahoas, sobre todo el de Quetzal-coatl, llegaron á adquirir en la tierra maya y en la kiché magna importancia.

El culto, como era natural, se componía de ofrendas y sacrificios sangrientos; de sacrificios humanos con frecuencia, testimonio de la profunda influencia de los nahoas; de himnos, plegarias y penitencias horribles á veces, y de fiestas de todas especies, en tan variada diversidad, que puede decirse que los pueblos maya-kichés vivían en perpetuas fiestas; se disponían á ellas con ayunos, las comenzaban con cantos y danzas sin fin y las terminaban en orgías y borracheras inevitables.

La necesidad de aquellos grupos en constantes migraciones, y ansiosos de encontrar un asiento, un hogar, un templo, dió á la clase sacerdotal inmensa importancia; sin el sacerdocio no habría habido civilizaciones americanas. Los sacerdotes, para distribuir sus fiestas, observaron los movimientos del sol y los astros, lo mismo en Chichén que en Tebas, lo mismo en Babilonia que en Palenke ó Tula, y fueron cronólogos, y formaron calendarios y tuvieron numeraciones, modos de contar que aplicaron al tiempo; idearon un procedimiento fonético de escribir, y fué el sacerdocio maya uno de los tres ó cuatro que inventaron la



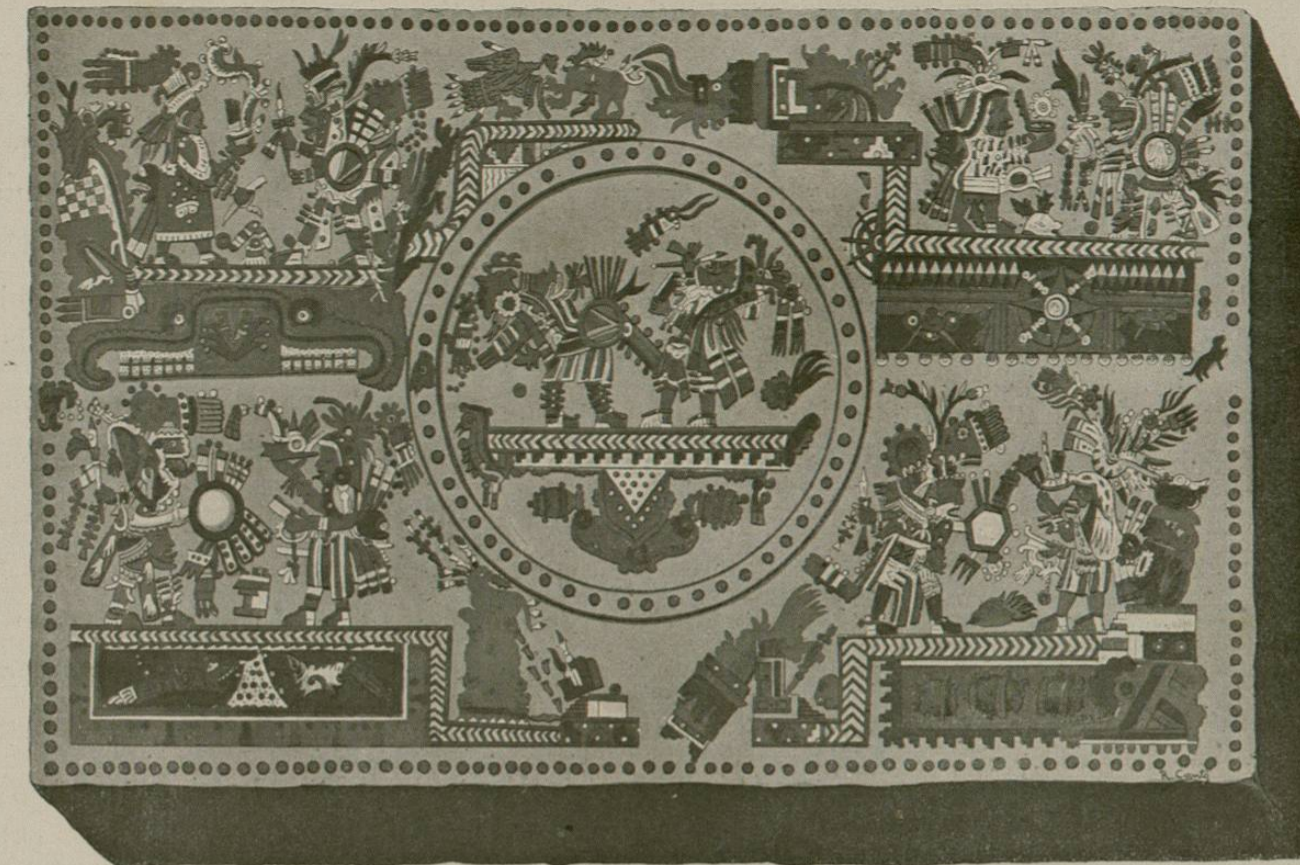
Piedra del Sol

escritura propiamente dicha en la humanidad. Aplicaron la experiencia á los viajes, á las enfermedades, al conocimiento de los efectos de las plantas en el organismo, á la historia que consideraban sagrada. Levantaron en sus ciudades, compuestas de habitaciones ligeras, cubiertas de palma, monumentos grandiosos, sobre pirámides por regla general, destinados á la habitación del rey-pontífice ó del rey-guerrero, á la de sus mujeres, á la de los dioses. Estos monumentos, obra, por regla general, de diversas épocas, tienen formas y aspectos extraordinarios; su arquitectura era simple, rudimentaria, caracterizada, fuera del tipo monticular, por la forma truncangular de las bóvedas, lo mismo en Palenke que en Chichén ó Uxmal; pero lo que en ella llama más la atención es la sobriedad de la decoración de los interiores (en Yucatán, en la tierra kiché, mejor distribuída y más pobre) y la profusión y exuberancia de la ornamentación exterior, sobre todo en los frisos. Las esculturas, monolitos, estatuas, relieves; las pinturas, aun vivas algunas; las inscripciones, cuajaban estos admirables monumentos, que son el índice de la vida de una civilización de extraordinaria vivacidad.

La falta de animales domésticos, de trabajo y de carga, fué la gran rémora para el desenvolvimiento pleno de las culturas americanas; si los hubiese habido, probablemente el antropofagismo habría acabado por desaparecer, aun en su forma religiosa de comunión sagrada. Mas entre los americanos no hubo edad pastoral, y la transición se verificó del estado de pueblo cazador y pescador al agricultor. Su agricultura y su industria exigieron esclavos, que fueron numerosos; pero los grupos de hombres libres vivían sometidos á códigos severísimos que les imponían el respeto á la religión, primero, al batab ó cacique y á sus agentes después; á la familia, á la propiedad y á la vida; sin embargo, los mayas practicaban mucho el suicidio. La propiedad rural, como en toda la América pre-colombiana, era comunal; el producto se distribuía proporcionalmente.

Hijo de dios, y dios frecuentemente, el cacique era dueño de todo; su tiranía patriarcal era incontestada; disponía de ejércitos organizados; sus guerras eran incesantes. Si el americano hubiese conocido el uso del hierro (poco usaba el cobre y se adornaba con el oro y la plata), los españoles no hubiesen podido quizás conquistar los imperios aquí establecidos. Sus armas ingeniosas, las defensas individuales ó colectivas bien organizadas, bastaron para hacerles ostentar su heroísmo á veces, mas no podían darles nunca la victoria.

No iremos adelante; tendríamos que recorrer minuciosamente todos los aspectos de la actividad humana, intelectual, moral, económica y artística, para dejar demostrada una verdad que conocen cuantos han fijado su atención en los pueblos que colonizaron las regiones ístmicas al Sur de la altiplanicie mexicana: fueron autores de una civilización cimentada sobre las necesidades del medio y del carácter, pero de aspectos interesantes todos y grandiosos muchos, los grupos comprendidos bajo la denominación de maya-kichés; esa fué la *civilización del Sur*.



Parte superior de la piedra policroma del sacrificio gladiatorio

CAPÍTULO II

ABORÍGENES EN LA ALTIPLANICIE. ULMECAS Y SHICALANCAS. LOS NAHOAS:
TOLTECAS, SU HISTORIA, SU CULTURA. LAS INVASIONES BÁRBARAS: CHICHIMECAS. CONTACTO ÍNTIMO
DE LOS TOLTECAS Y LOS MAYA-KICHÉS. LOS HEREDEROS DE LA CULTURA TOLTECA: ACOLHUAS; AZTECAS.
LAS CIVILIZACIONES INTERMEDIAS: TZAPOTECAS; MECHUACANOS. EL IMPERIO MESHICA
EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XVI

Los aborígenes, á quienes los nahoas inmigrantes dieron el nombre de *otomka* ú *otomés*, ocupaban de tiempo inmemorial la cuenca del Atoyac desde el Zahuapán hasta el Mexcala, los países en que se da el *mell* (maguey), y probablemente las comarcas occidentales, en que también es conocida esta planta, de que sabían extraer el jugo embriagante, y en donde recibieron el nombre de *meca*. En su primera acepción, la palabra *chichimeca*, aplicada por los nahoas á los que no consideraban de su raza, á los bárbaros, significaba «la madre de los mecas» ó la tribu de quien las otras vinieron, según una lectura del eminente historiador Alfredo Chavero.

No es posible precisar los contornos de ninguno de los grupos primitivos en la bruma crepuscular de nuestra vetusta historia; de la conjugación de las crónicas, que á veces consignán tradiciones contradictorias, por lo mal comprendidas quizás, y de los monumentos ó de lo que en ellos puede rastrearse, y procurando sortear el tremendo escollo de las interpolaciones hechas de buena fe por los frailes con objeto de demostrar la revelación primitiva, se llega á bien modestos resultados conjeturales sobre los orígenes de la civilización que se desarrolló con majestad trágica en la altiplanicie mexicana.